

ct

Caminando hacia el suelo

de
Jaime Pujol

(separata)

Personajes

Un hombre de alrededor de 45 años.

Lugar

La barra de un bar.

Cuadro 3. (Retratos)

Un bar. En la barra, un hombre de alrededor de cuarenta y cinco años, con un coñac.

UN HOMBRE EN LA BARRA

El día que cumplí treinta y dos años recibí una carta. Fue a última hora de la mañana, lo recuerdo muy bien. Hasta ese momento nadie me había felicitado. Nadie había recordado esa fecha "tan especial". Ni siquiera yo..., porque los días van pareciéndose tanto. Y hay tantas horas que son las mismas cada vez. Bueno, tampoco aquello me importaba demasiado, ni tampoco era de extrañar. No había barrido un ápice de la mierda que había ido dejando por el camino. En la vida hay que saber barrer y yo no he sido capaz de hacerlo nunca. No he sabido. Si ensucias las cosas por las que pasas, la gente a la que tocas o con la que te relacionas... Hay que saber volver en un momento dado y barrer en torno suyo, dejarlo otra vez todo limpio. Mi vida es una continua huelga de limpieza. No puedo desandar ni un metro sin que toda esa basura que yo he generado se me venga encima. Aquella carta venía de Rennes y estaba escrita en francés. Yo antes hablaba bastante bien el francés. Pasé ocho años de mi vida en Francia, cuando era niño, con mi madre y mi... segundo padre. He olvidado muchas cosas. Casi todo, en realidad. No recuerdo cómo se dice... mesa, ni puerta, ni abrigo, ni espejo, ni dolor, ni calle... No, calle sí: *rue*. *Rue*. También recuerdo algunas de las palabras de aquella carta... *Mon chère Philipe... Philipe*. Suena bien, ¿verdad? Mejor que Felipe. Parece que eres alguien: ¿quieres algo, *Philipe*? ¿Vamos a otro sitio, *Philipe*? ¿Estás bien, *Philipe*? *Mon chère Philipe*: No sabía si escribirte esta carta, *après... ¿cómo era?... tout ce temps*. Aquella noche apenas nos conocimos, todo fue tan *fou*. Y tú olvidaste tan pronto. Olvidar: *Oublier*. Cuánta educación y cuánto resentimiento en esas palabras. Otro vertedero que se quedó por recoger. En su carta, aquella chica francesa me recordaba la noche que yo había olvidado. Los lugares en los que habíamos estado, la pasión que habíamos puesto. Pero yo no podía acordarme, hacía ya muchos años. Ni siquiera el día después, al despertar, con ese horrible dolor en todo el cuerpo... Era una carta larga... Pero sobre todo era un inmenso océano, en el que hacerme naufragar... Ella tuvo un hijo, fruto de aquella noche. Pero no me escribía para hacerme partícipe de aquellos años que seguro habían sido felices. No, yo sólo merecía el horror. Un horror procedente de lo ajeno. Aquel niño, *mon fils*, había muerto meses atrás y ella... me regalaba su angustia en el día de mi cumpleaños. Me obsequiaba con todas las imágenes de la oscuridad. Su presente era la culpa. No era injusto, no. Tenía que llorar un rato por todo aquello. Y lo hice. Sólo un rato. Y luego cargarlo sobre mis espaldas con mucha ginebra. Era yo quien había ahogado a aquel niño, a quien ya no podría olvidar, y a su madre, a quien tan pronto había olvidado. Una servilleta arrugada en la que alguien había escrito un nombre en francés, una dirección de Rennes y un número de teléfono. Un papel que yo había roto nada más descubrirlo en un bolsillo de mi camisa, aquella mañana en que me desperté con todo el cuerpo dolorido. Simplemente porque no recordé lo que era ni para qué lo quería.